

CAPITULO XI

Díaz en el Estado de Oaxaca

Después que había sido Trujeque expulsado de la Ciudad de Tehuantepec, por el Coronel Díaz á la cabeza de un puñado de hombres, temiendo una segunda derrota, se retiró al interior del Estado de Oaxaca con la intención de reunir á las fuerzas al mando de Cobos el resto de su diezmada brigada, muchos de cuyos soldados carecían de armas; pues habían abandonado en la retirada 600 rifles, casi todo el parque y la artillería de montaña; todo lo cual había caído en manos del Coronel Díaz.

La victoria de Díaz en Tehuantepec animó á las fuerzas de los liberales diseminadas en el Estado de Oaxaca, las que habían comenzado á ver al coronel victorioso, como una de las esperanzas más brillantes de la causa de Juárez. Y así, el Gobernador del Estado de Oaxaca, José María Díaz Ordaz, lo invitó á que se reuniera con él en ese Estado y ya con sus fuerzas combinadas atacar á Cobos. Fué aceptada la proposición, y el Coronel Díaz se puso en marcha rumbo á Oaxaca el 10 de Enero de 1860 con una fuerza de 500 hombres, entre los cuales había ochenta veteranos, que era todo lo que quedaba de las dos compañías de la Guardia Nacional que lo habían acompañado cuando salió de Oaxaca dos años antes, para asumir el mando de las fuerzas de Tehuantepec y fungir como gobernador. La mayor parte de sus tropas estaba formada de reclutas novicios, algunos de los cuales habían sido alistados en la vecindad de Juchitán y otros en las cercanías de Tehuantepec; mientras que el resto consistía en voluntarios que le había facilitado el Gobernador del Estado de Chiapas. Se podrá ver pues, sin la menor dificultad, que esta fuerza, por su organización y elementos constitutivos al tiempo de su marcha á Oaxaca, no ofrecía cualidades que la hicieran digna de gran confianza.

Esto se hizo evidente pocos días después de la salida de Tehuantepec, cuando algunos cabecillas de los indios que se habían alistado en Juchitán, comenzaron á intrigar entre los suyos contra la expedición; y urgiéronles á que solicitaran se les permitiera regresar á su pueblo. Es probable que el Coronel Díaz de buena voluntad los hubiera dejado regresar, pues hombres forzados hacen malísimos soldados; pero no se atrevió á acceder á la solicitud por temor al efecto que esto tendría en la moral del resto de las fuerzas. Procuró pacificarlos; pero ellos, por medio de sus cabecillas, le informaron que estaban resueltos á regresar á su pueblo inmediatamente. La situación era crítica. El enemigo lo tenían delante y no muy lejos; Díaz Ordaz, el Gobernador del Estado, lo estaba esperando y contaba con su auxilio para atacar las fuerzas de Cobos, quien todavía dominaba la mayor parte del Estado: la mayoría de sus soldados eran reclutas inexpertos, y el resto había sido intimidado por los informes que se tenían de que las fuerzas que marchaban contra ellos eran poderosas y estaban bien armadas. Con todo ésto cierto temor acerca del resultado de la expedición había cundido entre las fuerzas del Coronel Díaz; y aunque éste logró evitar, gracias á su tacto, la deserción en masa de gran parte de sus tropas, se encontraba á la cabeza de una fuerza que ni aún con su genio, su firmeza y su personalidad, era posible formar de ella un cuerpo compacto, dispuesto á participar de todos los riesgos, peligros y gloria de una campaña contra Cobos, cuyos éxitos en Oaxaca durante los dos años anteriores, le habían formado una reputación muy superior á sus méritos, aunque ciertamente, estaba lejos de ser un enemigo que se pudiera ver con indiferencia. Los cabecillas de los reclutas de Juchitán habían dicho á sus compañeros, que el luchar contra el ejército bien equipado y disciplinado de Cobos con la pequeña fuerza al mando del Coronel Díaz, era buscar la derrota y completa aniquilación.

Pero Díaz prosiguió su marcha con la esperanza

de unirse luego con las fuerzas del Gobernador en Tlacolula, que era el lugar convenido de antemano para la reunión. Creía que una vez sus tropas se vieran amalgamadas con las del Estado de Oaxaca, perderían en cierto grado su sentimiento localista y sus temores.

Pero sus planes se frustraron; pues cuando llegó á Tlacolula no se habían asomado aún las tropas del Estado, y tuvo informes de que aún no se encontraban por esa comarca y que se creía estaban aún muy lejos. En cambio, al mismo tiempo se tuvo la desagradable noticia, de que Cobos, con doble fuerza de la de Díaz, y bien provisto de armas, infantería, caballería y artillería, marchaba rápidamente á su encuentro. No quedaba otro recurso que aceptar la batalla: su retirada hubiera traído consigo la deserción de los reclutas más tímidos y la desmoralización de los demás; y Cobos, con su caballería, estaba en capacidad de convertir la más hábil retirada en completa derrota.

Así pues, Díaz se preparó á dar batalla en Mitla, á la sombra de las inmensas ruinas de tiempos prehistóricos, donde probablemente había tenido lugar más de un sangriento encuentro en tiempos remotos, cuando razas misteriosas ya desaparecidas habían ejercido ahí su poderío.

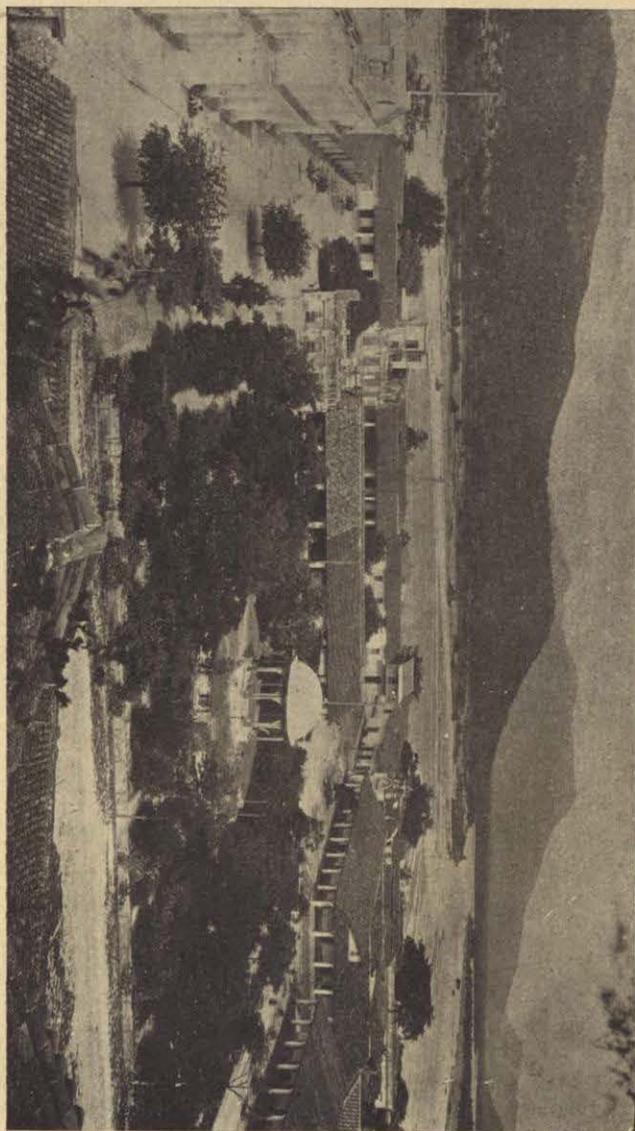
Las dos fuerzas se encontraron el 23 de Enero de 1860. Generalmente el Coronel Díaz prefería atacar al enemigo que esperarlo. Pero la experiencia que tan recientemente había tenido de los reclutas de Juchitán, le hizo comprender cuan peligroso era enfrentarse, sin suficiente preparación, con un enemigo doble en número y superior en armamento y disciplina; por lo cual decidió aguardar el ataque de Cobos. Entre tanto arregló sus fuerzas de la manera más hábil posible, colocando á los reclutas descontentos de Juchitán entre los veteranos que lo habían seguido de Oaxaca á Tehuantepec hacía dos años, y que lo habían acompañado desde entonces en numerosos encuentros.

Cobos inició la batalla con un ataque de artillería que causó grandes estragos en las filas de las fuerzas de Díaz. A esto siguió una carga de infantería sobre las posiciones de los liberales; los que se sostuvieron valientemente, logrando repeler á sus enemigos; pero Cobos volvió á la carga y esta vez de frente y de flanco. El ala izquierda de las fuerzas liberales, que estaba compuesta principalmente de los reclutas novatos de Juchitán, cedió y se puso en fuga, y el resto de las fuerzas de Díaz tuvo que retroceder. Pero Porfirio, con el pequeño número de soldados disciplinados que le quedaban, atacó de nuevo y expulsó al enemigo de las posiciones que acababa de conquistar, debido á la fuga de los Juchitecos. Nuevamente era dueño del campo y el enemigo estaba en gran desorden. Pero con los reducidos elementos de que disponía, comprendió que un nuevo ataque de parte del enemigo contra sus pequeñas fuerzas, sería de fatales resultados; por lo que dispuso retirarse después de hacer apresuradamente desmontar el cañón, romperle las ruedas y clavarlo; pues no tenía artilleros que pudieran manejar la pieza capturada.

Cobos no se atrevió á perseguir á los liberales, debido al estado de desorganización en que quedaron sus fuerzas.

Aunque la batalla de Mitla quedó indecisa, no por eso dejó de tener gran influencia en la fortuna de las armas liberales; pues cuatro días después, Cobos, debido al estado de desorganización de sus fuerzas, fué derrotado en Santo Domingo del Valle por los liberales del Estado de Oaxaca al mando del Gobernador del mismo, José María Ordaz, quien murió al principio de la batalla. El Coronel Cristóbal Salinas, segundo en el mando, persiguió por varias millas á los derrotados conservadores. Pocos días después se encontró con las andrajosas y diezmadas tropas del Coronel Díaz en Tlalixtac, poca distancia al norte de la Ciudad de Oaxaca.

A la muerte de Díaz Ordaz, Marcos Pérez, el antiguo maestro y amigo de Porfirio Díaz, cuando éste



PALACIO MUNICIPAL Y JARDÍN, TEHUANTEPEC.

estuvo en el Instituto de Oaxaca, se hizo cargo de la gobernación del Estado por ministerio de la ley, en su calidad de Presidente de la Corte Suprema de Justicia. Era Pérez hombre de carácter muy activo y ansiaba proseguir la guerra con todo vigor. Por esta razón, no quedó del todo satisfecho con la conducta de Salinas, quien en lugar de aprovecharse de las ventajas que había ganado contra Cobos en Santo Domingo del Valle, y marchar inmediatamente sobre Oaxaca por el camino más fácil y más corto, eligió el camino largo de las montañas, lo que impidió su llegada en tiempo oportuno; pues entre tanto los habitantes de la capital del Estado, que se habían llenado de pánico á la noticia de la derrota del ejército de Cobos en Santo Domingo del Valle, lograron entrar en calma y colocarse en situación de poder resistir un sitio. Por lo que Pérez, no creyendo que Salinas colaborara en sus planes como debiera, nombró al Coronel Díaz comandante de las fuerzas del Estado de Oaxaca, y le ordenó que pusiera preso á Salinas.

En esta ocasión, como en otras muchas antes, el Coronel Díaz demostró su sangre fría, su buen juicio y su liberalidad; y haciendo uso de su influencia con Marcos Pérez, lo convenció de que el éxito de las armas liberales en el Estado de Oaxaca dependía de evitar toda desunión en sus filas; y que era mejor, que tanto él como Salinas cedieran algo de su parte en sus diferencias y que trabajaran juntos por el bien de la causa. También persuadió á Pérez de que retirara su orden, haciéndole ver que Salinas era por derecho el jefe superior, y que cualquier tentativa para deponerlo de un puesto que había sostenido con crédito en la batalla de Santo Domingo del Valle y en otros lugares, conduciría inevitablemente á la desunión de las fuerzas liberales, y sembraría confusión y falta de confianza entre los soldados; cosa que debía evitarse á toda costa, cuando el futuro de la causa liberal dependía tanto de la unidad de acción y de la confianza mutua entre sus jefes.

Pérez, que siempre escuchó con respeto las opiniones de Porfirio, convino finalmente en retirar el nombramiento del Coronel Díaz para jefe de las fuerzas del Estado; y el disgusto con Salinas fué olvidado, á lo menos por entonces.

No cabe la menor duda de que el Coronel Díaz era merecedor de la promoción que le había ofrecido el Gobernador; pues el talento que había manifestado en los asuntos militares y civiles del distrito de Tehuantepec, y el genio militar y capacidad que habían sido siempre característicos de su carrera, lo señalaban como el único hombre en el ejército de Oaxaca capaz de conducir la campaña con éxito y á un buen fin. Pero Díaz quería sobre todo, como lo manifestó á Marcos Pérez, unir las fuerzas liberales contra el poder de los conservadores; y para lograr este objeto con voluntad sacrificaba sus propias y legítimas ambiciones en interés de la causa que había abrazado.

Tan luego como estas diferencias se hubieron arreglado, comenzaron las fuerzas liberales su marcha sobre la ciudad de Oaxaca, ante la cual llegaron pocos días después; é inmediatamente iniciaron los trabajos del sitio. Al Coronel Díaz y las tropas de su mando se les designó la tarea de capturar la Soledad, cerro fortificado al oeste de la ciudad. Esto lo logró Díaz después de obstinada resistencia y avanzando sus líneas palmo á palmo hasta que solamente el espacio de una calle lo separaba del enemigo.

Parecía cuestión de unos pocos días más la caída de la ciudad en manos de los liberales, cuando se recibió una orden de Veracruz, en ese tiempo cuartel general del Gobierno liberal, ordenando á Salinas no hacer ningún nuevo ataque sobre Oaxaca, hasta la llegada del General Rosas Landa, quien había sido nombrado por el gobierno de Juárez Comandante en jefe de las fuerzas del Estado de Oaxaca. Este nombramiento fué sin duda el resultado de las noticias que habían sido llevadas á Veracruz, acerca de desunión y desacuerdo entre las fuerzas en campaña y con el Gobernador. Juárez, sin duda alguna, obró de



UN PAISAJE DE TIERRA CALIENTE.

buena fe; pero el resultado fué desastroso para la causa liberal: pues Landa no comprendía las condiciones existentes en el Estado de Oaxaca y no era hombre que le gustara aprender nada de sus subordinados. Además, era un carácter de resoluciones demasiado estudiadas y de consiguiente tardías, y dependía más de principios científicos, que de la fuerza y energía que son indispensables al soldado en los casos de emergencia, cuando es imperativo que los movimientos y demás disposiciones sean llevadas á cabo con precisión y velocidad para conservar ciertas ventajas.

Landa procedió á poner sitio á la ciudad de Oaxaca con mucha parsimonia y las operaciones de ataque eran llevadas con poca energía. El resultado fué que el sitio se prolongó hasta el mes de Mayo sin haber hecho gran progreso, mientras que si se hubiera seguido la táctica que Díaz y Salinas habían adoptado, la ciudad podía haber sido tomada en corto tiempo; pues los defensores estaban, hasta cierto punto, desmoralizados con las derrotas que había sufrido Cobos y la presencia del temible Díaz ante sus muros: pues aún entonces el nombre del joven y brillante jefe estaba en boca de todos, tanto en el Estado de Oaxaca como en la región del Istmo.

Entre tanto el partido de la reacción, que aún estaba en posesión de la capital de la República, se apresuró á enviar refuerzos al mando del hermano del candidato conservador para la presidencia, General M. Miramón. Para el tiempo en que llegaron estos refuerzos, Landa había logrado aniquilar enteramente el espíritu de iniciativa que Díaz había inspirado á los sitiadores hacía tres meses. Lo largo y desafortunado del sitio había agotado la confianza de los soldados, que con tanto valor habían seguido á su jefe en el ataque al monte de La Soledad y la parte oeste de la ciudad, antes de haber aparecido en la escena Rosas Landa. Durante estos tres meses de indecisión é inacción de parte de Landa, toda la ventaja había estado á favor de los sitiados y la moral y con-

dición de las tropas sitiadoras eran de tal naturaleza, que no se consideró conveniente presentar batalla al ejército de Miramón que se aproximaba. Por lo cual Landa decidió la retirada. Esta decisión era tanto más necesaria, cuanto que por motivo de la impopularidad de Landa con las tropas y su inhabilidad para manejarlas y tenerlas contentas, más de la mitad había desertado; de tal modo, que cuando llegaron al enemigo los refuerzos de Miramón, no tenían los liberales más de 2,000 hombres, y la deserción continuaba día por día. Por consiguiente, el haber realizado que el sitio había sido un fracaso y que eran insuficientes los elementos con que se contaba para continuarlo, en vista de los poderosos refuerzos de soldados veteranos y disciplinados que al mando de Miramón le llegaban al enemigo, y que ya habían entrado á terrenos del Estado, fueron las causas que determinaron á Landa á levantar el sitio y efectuar la retirada.

Pero esta retirada, aunque probablemente el mejor movimiento posible considerando las circunstancias, fué un golpe terrible para el partido de Juárez; pues las fuerzas de Landa sufrieron grandes pérdidas con las continuadas deserciones y los ataques de flanco del enemigo durante su apresurada retirada á las montañas; estando varias veces en peligro de perder su artillería, la que probablemente hubieran perdido sino hubiera sido porque el Coronel Díaz protegió efectivamente la retaguardia con un cuerpo de caballería ligera.

La retirada fué hecha con toda la rapidez posible á los montes y en dirección de Ixtlán, vecindad que era muy conocida de Díaz.

Poco tiempo después, cuando las fuerzas de Landa, Salinas y Díaz estaban en Teococuilco, se supo que andaba cerca de allí un cuerpo de tropas conservadoras y que marchaban sobre esa ciudad. Landa, que hacía algún tiempo estaba descontento con la posición que ocupaba, decidió dejar su puesto, entregando á Salinas el mando de las fuerzas, y regresar á



PUENTE DE SAN GERÓNIMO, OAXACA.